Abelardo y Eloísa

Desde siempre la carta parece haber sido el recurso favorito de la mujer para sobrellevar la soledad y el aislamiento al cual la confinaban los severos preceptos del mundo masculino. El amor, profano o divino, fue muchas veces un aliciente para romper su mutismo y no fueron pocas las que aprendieron a escribir a escondidas para desahogarse aunque tan sólo fuera ante una hoja de papel. Sin embargo, son pocas las cartas escritas por mujeres que han llegado hasta nosotros, y entre esas pocas, las de Eloísa, abadesa del Parácleto, merecen especial atención. Su interlocutor, Abelardo, no es un "Tú" de ficción, sino un ser tan real como ella misma. Aunque el intercambio epistolar entre ambos ha sido calificado como la primera gran novela de amor de la literatura occidental, al iniciar esta correspondencia, más que aspirar al reconocimiento literario, Eloísa, como otras, parece haber buscado en la escritura un medio para exteriorizar los conflictos que la angustiaban.

Eloísa nació en París en 1101 , veintidós años después de Abelardo, su maestro. Sobre su vida familiar sólo hay conjeturas; se sabe que fue su tío, el canónigo Fulbert, quien se ocupó muy particularmente de su educación. Desde muy niña se mostró excepcionalmente dotada para el estudio. En tiempo de las catedrales, en Francia, la curiosidad intelectual en la mujer no se castigaba como un apetito malsano, como sucedió luego, en un pasado más reciente. Por eso es que la joven pudo satisfacer su necesidad de conocimientos y completar el ciclo de las artes liberales. Por eso, también, Fulbert no dudó en confiarle su sobrina, como discípula, al más ilustre filósofo y maestro de la época. Así entró Pedro Abelardo en casa de Fulbert y en la vida de Eloísa. Lo que sucedió después tal vez suscite exclamaciones de júbilo entre los que aún conciben la instrucción de la mujer como un lujo pecaminoso. Una pasión violenta se apoderó de ambos; Eloísa dio a luz un hijo y luego se casó secretamente con su amante. En venganza por lo que consideró como una traición a su confianza y una afrenta imperdonable, Fulbert mandó a sus secuaces a castrar al seductor. Para acallar el escándalo y ocultar su vergüenza, los esposos renunciaron al mundo y tomaron los hábitos. Diez años después de su conversión, un acontecimiento inesperado los reunió temporalmente. El convento al cual pertenecía Eloísa fue anexado a la abadía de San Dionisio, en la cual Abelardo había profesado; por lo tanto ella y sus compañeras lo abandonaron para integrarse a otras comunidades. Enterado de la situación y alarmado por la suerte de su esposa, Abelardo les cedió a ella y a sus compañeras un convento fundado por él años antes en el territorio de Troyes, al cual había denominado el Parácleto y que se hallaba abandonado desde su denominación como abad de San Gildas de Ruys, en Bretaña. Esta donación fue confirmada por el Papa Inocencio II quien les concedió el privilegio a perpetuidad para ellas y sus sucesoras. Eloísa fue su abadesa hasta su muerte.

Durante algún tiempo, Abelardo permaneció en el Parácleto asesorando a la nueva congregación. Sus enemigos no tardaron en propalar comentarios insidiosos que lo obligaron a regresar a su abadía para proteger su reputación y la de la comunidad que acababa de fundar. Algunos años más tarde, se inició entre la abadesa del Parácleto y el abad de San Gildas un intercambio epistolar que continuaría hasta la muerte de éste último. Eloísa le sobrevivió veintidós años, los mismos que él le llevaba de ventaja. Ella murió en el Parácleto a la edad de sesenta y tres años —como Abelardo—, respetada y honrada por sus hermanas y por sus superiores. Sus restos fueron reunidos con los de su amado que habían sido secretamente trasladados a ese convento en cumplimiento de su última voluntad. Cuenta la crónica de Saint Martin de Tours que, al ser depositado el cuerpo de Eloísa en la cripta de su esposo, éste abrió los brazos para recibirla y luego los volvió a cerrar, estrechándola amorosamemte en ellos. Dos personajes dignos de fe habrían presenciado este prodigio.

La carta que presentamos a continuación es la respuesta de Eloísa a la *Carta a un amigo* que Abelardo escribió, siendo abad de San Gildas, para consolar a un amigo, real o imaginario, o para sí mismo tal vez, y en la cual describe sus propias desventuras. Por casualidad, ésta llega a manos de la abadesa del Parácleto. Conmocionada al reconocer su procedencia después del prolongado silencio de su amado, le responde, iniciando así la correspondencia entre ambos.

La dedicatoria de la carta de Eloísa —característica de las de la época—, es casi una definición de la pareja que ambos formaron, una síntesis de su vida amorosa. Su fórmula de despedida está igualmente cargada de significado. Entre una y otra la pluma va y viene de la pasión a la cordura, del cuerpo al alma, según la empuñe la mujer o la abadesa.

El discurso amoroso de Eloísa no sólo es el de la devota espera, o la queja de ausencia. Es un grito de dolor y rebeldía. La abadesa del Parácleto no es de las que tejen o cantan sus soledades. Su educación no sólo le ha abierto todos los caminos del sentimiento sino también todos los de la inteligencia. El hecho de responder a una carta que no le estaba especialmente dirigida es un acto de rebelión en contra de la pasivi-

dad exigida a su sexo. No está dispuesta a esperar eternamente el retorno del esposo. Sale al encuentro de su palabra y lo compromete, le impone el deber de restablecer el diálogo interrumpido por la partida y el silencio, de hacerse presente de la única manera que puede hacerlo puesto que nada ni nadie se lo impide: por la escritura. Abelardo no podrá sustraerse a este deber sin ver alterarse su imagen ante sus propios ojos y a los de ella. Como fundador de una orden tampoco puede desoír la angustiosa llamada de auxilio de su hija espiritual. Gracias a esta primera carta de Eloísa, Abelardo reasumirá su papel de director espiritual de la abadesa y de las religiosas del Parácleto y escribirá para ellas gran parte de su obra.

PRIMERA CARTA ELOISA A ABELARDO

A su amo, o mejor dicho, a su padre; a su esposo, o mejor dicho, a su hermano; su sierva, o mejor dicho, su hija; su esposa, o mejor dicho, su hermana; a Abelardo, Eloísa.

Amado mío:

Una casualidad hizo llegar recientemente hasta mí la carta que enviaste a un amigo para consolarlo. Al reconocer, por la letra de la dirección, que era tuya, la devoré con un ardor igual a mi cariño por quien la había escrito: si había perdido tu persona, por lo menos tus palabras me devolverían en parte tu imagen. Desgraciadamente, cada línea, por así decirlo, de esa carta aún presente en mi memoria, estaba llena de hiel y de acíbar, pues describía la lamentable historia de nuestra conversión y de nuestros sufrimientos sin tregua y sin piedad, oh, supremo bien mío.

Cumpliste la promesa que al comenzar hacías a tu amigo: sus penas, comparadas con las tuyas, ha podido convencerse, no son nada o son poca cosa. Después de haber recordado las persecuciones dirigidas en tu contra por tus maestros, y los últimos ultrajes cobardemente infligidos a tu cuerpo, describiste la odiosa envidia y el apasionado encarnizamiento con que también te persiguieron tus condiscípulos Alberico de Reims y Lotulfo de Lombardía. No olvidaste ni lo que sus intrigas hicieron con tu gloriosa obra de teología, ni lo que hicieron contigo mismo, condenado a una especie de prisión. De ahí pasas a las maquinaciones de tu abad y de tus pérfidos hermanos, a las horrorosas calumnias de esos dos falsos apóstoles desencadenadas en tu contra por esos indignos rivales, al escándalo provocado en la multitud a propósito del nombre de Parácleto dado, en contra de la costumbre, a tu oratorio; por último, llegando a las intolerables vejaciones de las cuales tu vida sigue siendo objeto por parte de ese perseguidor despiadado y de esos malvados monjes que llamas hijos tuyos, trazaste la última pincelada de ese deplorable cuadro.

Dudo que alguien pueda leer o escuchar sin llorar el relato de semejantes sufrimientos. En cuanto a mí, renovó mi dolor con tanta mayor violencia cuanto más exacto y expresivo era su detalle; ¿qué digo?, lo aumentó al mostrarme que tus peligros se intensifican. Aquí tienes pues a todo tu rebaño reducido a temblar por tu vida, y cada día nuestros corazones conmovidos, nuestros pechos palpitantes esperan, como un último golpe, la noticia de tu muerte.

Por eso te conjuramos, en nombre de aquél que para su servicio parece cubrirte aún con su protección; en nombre de Cristo, cuyas ínfimas siervas somos, como tú mismo, dígnate escribirnos con frecuencia y contarnos las tormentas en medio de las cuales te debates; que nosotras que somos las únicas que te permanecemos fieles en el mundo, podamos compartir tus penas y tus alegrías. Generalmente la simpatía es un alivio para el dolor, y todo fardo que pesa sobre varios es más liviano de sostener, más fácil de llevar. Que si la tempestad llega a amainar, apresúrate tanto más a escribirnos cuanto más agradables de recibir sean las noticias, pues cualquiera que sea el tema de tus cartas, no pueden dejar de hacernos un gran bien por el solo hecho de ser una prueba de que no nos olvidas.

II.– Séneca nos enseña, con su propio ejemplo, lo agradable que es recibir cartas de un amigo ausente, en el pasaje en que escribe a Lucilio: "Me escribís a menudo y os lo agradezco; así os mostráis a mí de la única manera que podéis hacerlo; jamás recibo una de vuestras cartas sin que inmediatamente estemos juntos. Si los retratos de nuestros amigos nos son gratos, si reavivan su recuerdo y, –vano y engañoso consuelo,– alivian el pesar de su ausencia, cuanto más gratas son las cartas que nos traen la verdadera huella del amigo ausente". Gracias a Dios, aún te queda ese medio de devolvernos tu presencia; la envidia no nos la prohibe; nada se le opone; que no sea de ti, te lo suplico, que vengan las negligencias y los retrasos.

Escribiste, sin duda, a tu amigo una larga carta de consuelo con motivo de sus desdichas, pero hablándole de las tuyas. Al recordarlas con exactitud para consolarlo, contribuiste no poco a nuestra desolación: queriendo curar sus heridas, reavivaste en nosotras nuevas llagas agrandando las antiguas. Te ruego que cures el

daño que hiciste ya que te preocupas por curar el que hacen los demás. Diste satisfacción a un amigo, a un compañero de estudios; pagaste una deuda de amistad y confraternidad. Más urgente es la obligación que contrajiste con nosotras; pues nosotras somos, no amigas, sino las más devotas de las amigas; no compañeras, sino hijas; sí, ese es el nombre que nos conviene, a menos que se pueda imaginar otro más tierno y más sagrado.

III.– Si pudieras dudar de la magnitud de la deuda que te compromete con nosotras, no nos faltarían ni razones ni testimonios para demostrarla. Aunque todo el mundo callara, los hechos hablarían bastante alto. Después de Dios, eres el único fundador de este asilo, el único arquitecto de este oratorio, el único creador de esta congregación. No construiste sobre fundamento ajeno. Todo lo que aquí existe es obra tuya. Estas soledades, antaño habitadas sólo por bestias feroces y bandidos, jamás habían conocido morada humana, jamás habían visto una casa. Fue entre madrigueras de bestias feroces, entre guaridas de bandidos, allí donde de ordinario ni siquiera se pronuncia el nombre de Dios, que elevaste el divino tabernáculo y dedicaste un templo al Espíritu Santo. Para edificarlo no recurriste a la riqueza de los reyes ni de los príncipes, a los cuales podías pedir todo, de los cuales podías obtener todo; quisiste que nada de lo que se hiciera pudiera ser atribuido a otro sino a ti. Fueron los discípulos y los estudiantes quienes, afanándose por tus clases, te proporcionaban todos los recursos necesarios. Los mismos que vivían de los beneficios de la Iglesia, que no sabían sino recibir ofrendas y no hacerlas, los que hasta entonces habían tenido manos para tomar, no para dar, por ti se volvían pródigos e importunos en sus liberalidades.

Es por lo tanto tuya, bien tuya, esta nueva plantación en el campo del Señor, esta plantación llena de retoños que para prosperar no pide más que se le riegue. Por la naturaleza misma de su sexo, es débil, aunque no fuera nueva, por esa única razón, sería débil. Por eso exige un cultivo más esmerado y más perseverante, de acuerdo con la palabra del Apóstol: "Planté, Apolonio regó; pero fue Dios quien concedió el crecimiento". El Apóstol, por medio de las enseñanzas de su prédica había implantado e instaurado en la fe a los corintios a los cuales escribía; luego, Apolonio, su discípulo, los había regado con sus santas exhortaciones, y había sido entonces cuando la gracia divina había permitido desarrollarse sus virtudes.

En vano cultivas esa viña que no plantaste con tu propia mano, y cuya dulzura se ha vuelto amargura para ti; tus incesantes admoniciones son estériles, tus venerables sermones, inútiles. Piensa en lo que debes a la tuya, en lugar de consagrar así tus afanes a la del prójimo. Enseñas, predicas a rebeldes; trabajo perdido. En vano siembras ante unos puercos las perlas de tu divina elocuencia; te prodigas ante almas endurecidas. Considera más bien lo que debes a los corazones dóciles. Te das a los enemigos; piensa en lo que debes a tus hijas. Y sin mencionar a mis hermanas, toma el peso a la deuda que contrajiste conmigo: tal vez mostrarás más celo en satisfacer a todas esas mujeres que se dieron a Dios en la persona de la que se dio exclusivamente a ti.

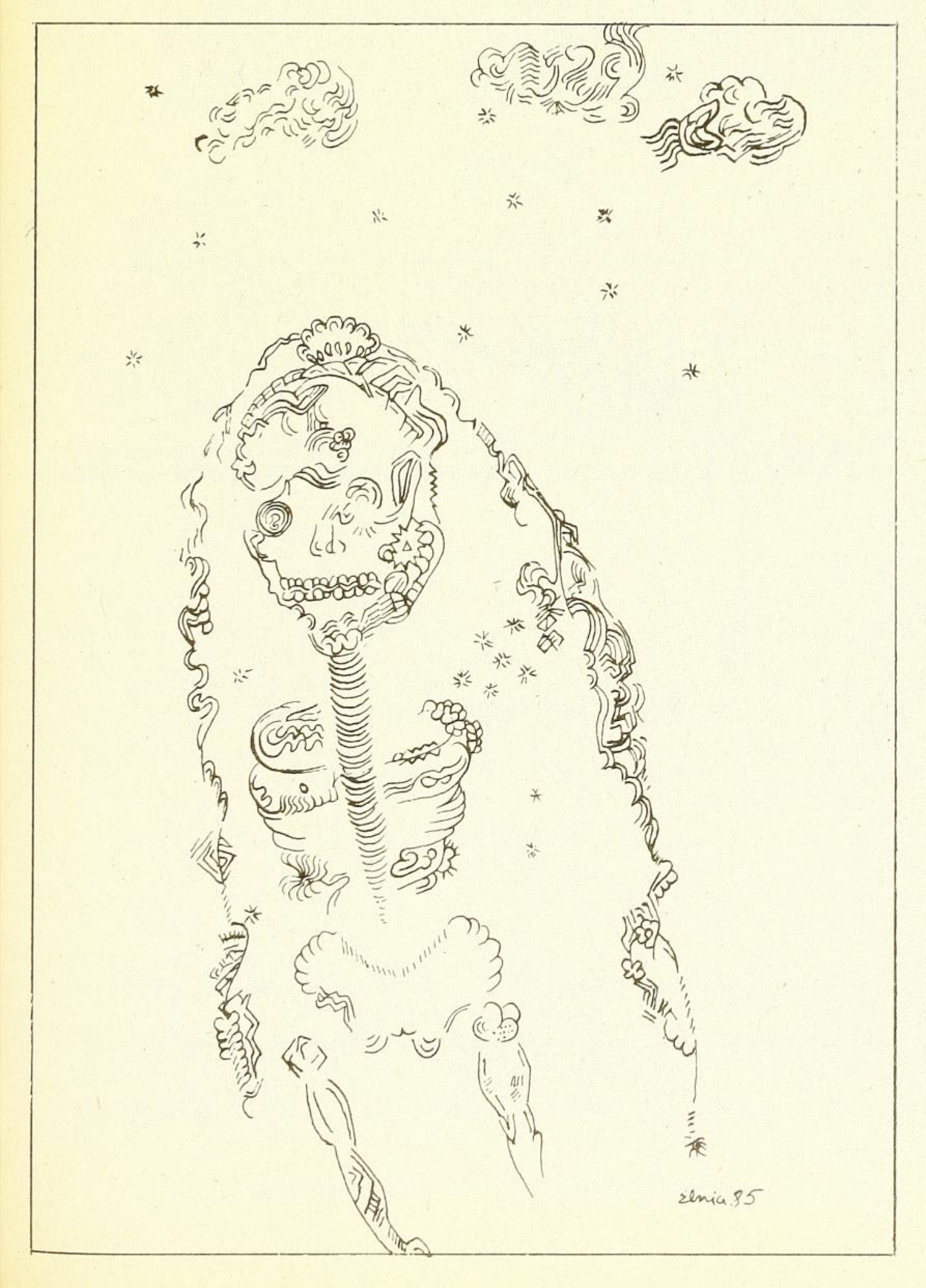
Cuántos graves tratados dedicaron los Santos Padres a las santas mujeres para ilustrarlas, para alentarlas, o aun para consolarlas; cuánto cuidado pusieron al escribirlos, tu sabiduría superior lo sabe mejor que nuestra humilde ignorancia. Qué sorpresa la mía entonces al ver que desde hacía largo tiempo habías echado al olvido el aún frágil comienzo de nuestra vida religiosa. ¡Sentimiento de respeto hacia Dios, de amor hacia nosotros, ejemplo de los Santos Padres, nada, cuando mi alma vacila, cuando el peso de un dolor inveterado la agobia, nada te inspiró el pensamiento de venir a fortalecerme con tus pláticas, o por lo menos, de consolarme de lejos con una carta! Y sin embargo, no ignoras la obligación que te liga a mí, el sacramento del matrimonio nos encadena el uno al otro: vínculo tanto más estrecho para ti a quien siempre amé, a la faz del cielo y de la tierra, con un amor sin límites.

IV.– Sabes, amado mío, y nadie ignora todo lo que perdí en ti; sabes el deplorable golpe con el cual la indigna y pública traición de que fuiste víctima me apartó del mundo al mismo tiempo que a ti, y que lo que aumenta infinitamente mi dolor es más la manera como te perdí que el haberte perdido. Mientras más punzante es mi dolor, más poderosos consuelos reclama. No es otro al menos, eres tú, tú, único motivo de mis sufrimientos, el único que puede consolarme. Unico objeto de mi tristeza, sólo tú puedes devolverme la alegría o traerme algún consuelo. Eres el único para quien eso sea un apremiante deber: pues cumplí ciegamente todos tus deseos. No pudiendo negarte nada, tuve el valor, a una palabra tuya, de perderme a mí misma. Hice mucho más aún: ¡extraña cosa!, mi amor se convirtió en delirio; lo que era el único objeto de su fervor, lo sacrificó sin esperanza de recobrarlo jamás. Por orden tuya tomé con otro hábito otro corazón, para demostrarte que eras el único dueño tanto de mi corazón como de mi cuerpo. Jamás, Dios es testigo, busqué en ti sino a ti mismo; era a ti y no tus bienes lo que amaba. No pensé ni en las condiciones del matrimonio, ni en viudedad alguna, ni en mi bienestar, ni en mis deseos personales. Fueron los tuyos, los sabes, los que me empeñé en satisfacer. Aunque el nombre de esposa parece más fuerte y más sagrado, fue siempre otro el más dulce a mi corazón, el de amante tuya, o incluso, déjame decirlo, el de concubina tuya y el de ramera tuya; me parecía que mientras más humilde me hiciera para ti, más derecho

tendría a tu amor y menos entrabaría tu glorioso destino.

Tú mismo, al hablar de ti, no olvidaste del todo esos sentimientos en tu carta de consuelo a un amigo. No desdeñaste recordar algunas de las razones por las cuales me esforzaba en disuadirte de un fatal himeneo, pero callaste casi todas las que me hacían preferir el amor al matrimonio, la libertad a la cadena. Pongo a Dios por testigo, que si Augusto, el amo del mundo, me hubiera juzgado digna del honor de desposarlo y de garantizarme para siempre el imperio del universo, el título de cortesana contigo me hubiera parecido más dulce y más noble que el título de emperatriz con él; pues ni la riqueza ni el poder hacen la grandeza: la riqueza y el poder son el efecto de la fortuna; la gradeza depende del mérito.

Preferir casarse con un rico en vez de un pobre, buscar en un esposo las ventajas de su posición más bien que él mismo, es venderse. Por cierto, la que semejante codicia conduce al matrimonio merece que se le pague y no que se la ame; pues está claro que se siente atraída por la fortuna y no por la persona, y que no hubiera pedido, llegado el caso, sino prostituirse por otro más rico. Esa es la conclusión evidente del razonamiento de la culta Aspasia en su conversación con Jenofontes y su mujer, relatada por Esquines, discípulo de Sócrates. Esta mujer filósofa, que se había propuesto reconciliar a los dos esposos, concluye en estos términos: "Desde el momento en que hayáis comprendido este punto, que no haya en la tierra hombre superior, ni mujer más amable, no tendréis más ambición que la felicidad que os parecerá la suprema felicidad: vos, de ser el marido de la mejor de las mujeres; vos, la mujer del mejor de los maridos". Santa moral, ciertamente, y más que filosófica. O más bien, no, ¡no es la filosofía la que habla, es la sabiduría misma! ¡Santo error, feliz engaño entre esposos, cuando una simpatía perfecta conserva intactos los lazos del matrimonio, menos por la abstinencia de los cuerpos que por el pudor de las almas!



V.– Pero de lo que el error persuade a las demás mujeres, la más clara verdad me lo había demostrado. En efecto, lo que sólo ellas podían pensar de su esposo, el mundo entero lo pensaba de ti; ¿qué digo? lo sabía de ti como yo misma; de modo que mi amor por ti era tanto más sincero cuanto que estaba más lejos del error. ¿Era un rey, en efecto, un filósofo cuyo renombre puede ser igualado al tuyo? ¿Qué comarca, qué ciudad, qué pueblo no se inquietaba ante el deseo de verte? Aparecías en público, ¿quién, me lo pregunto, no se precipitaba para verte?; ¿quién, cuando te retirabas, no te seguía con el cuello tenso y la mirada ávida? ¿Qué esposa, qué hija no ardía por ti en tu ausencia, y no se inflamaba al verte? ¿Qué reina, qué princesa no envidió mis alegrías y mi lecho?

Tenías, entre todos, dos talentos creados para seducir desde el principio el corazón de todas las mujeres: el talento del poeta y el del cantor; que yo sepa, jamás filósofo alguno los poseyó en el mismo grado. Fue gracias a esos dones que, para solazarte después de tus trabajos filosóficos, compusiste tantos versos y cantos de amor que repetidos por doquier, a causa de la gracia sin igual de la poesía y de la música, mantenían incesantemente tu nombre en los labios de todo el mundo; la sola dulzura de la melodía impedía olvidarlos, incluso a los ignorantes. Era eso sobre todo lo que hacía suspirar por ti el corazón de las mujeres. Y esos versos que celebraban en gran parte nuestros amores, no tardaron en divulgar mi nombre en varios países y en avivar los celos femeninos.

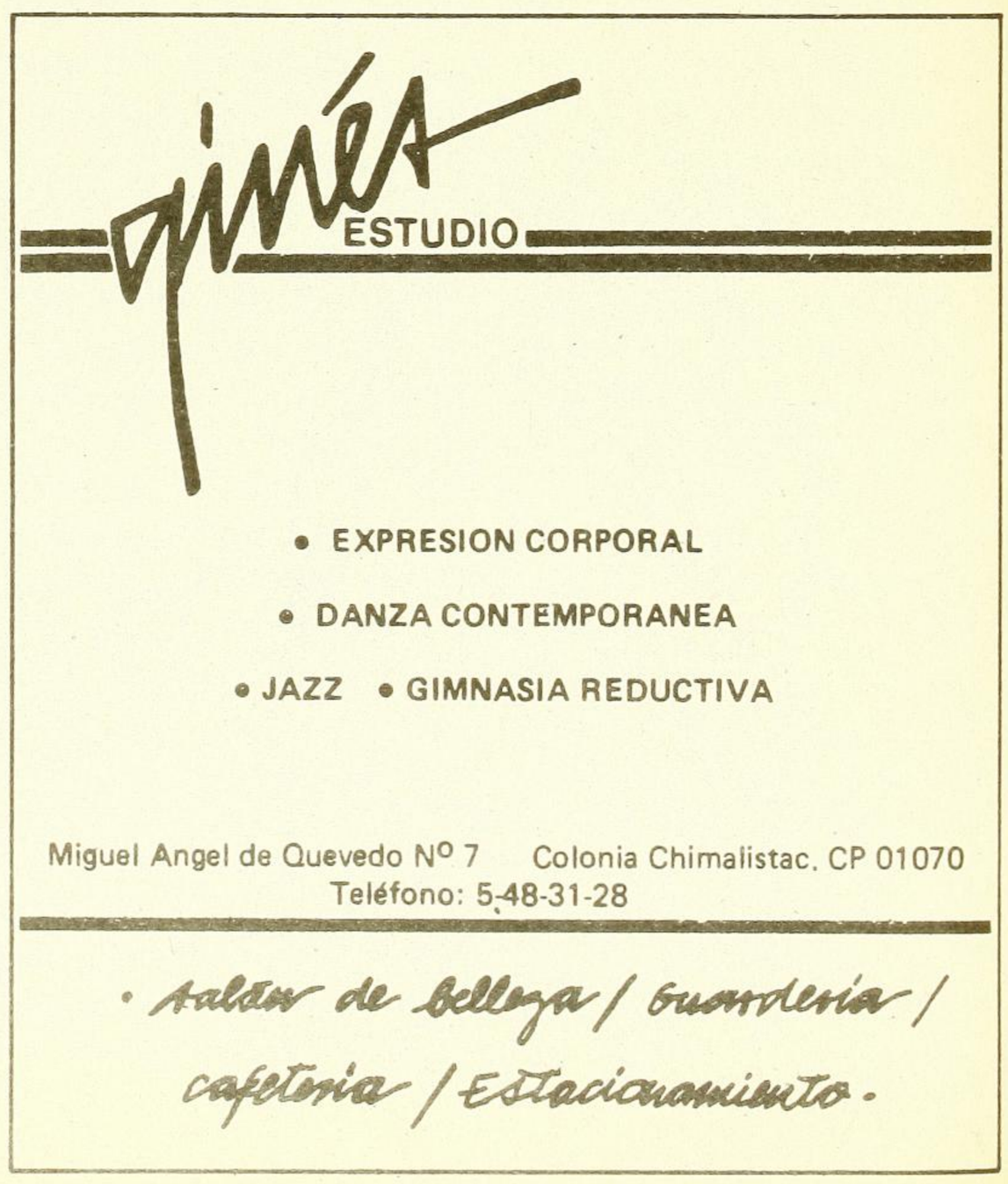
En efecto, ¿cuántos atractivos del cuerpo y del espíritu no embellecían tu juventud? Entre las mujeres que por entonces envidiaban mi felicidad, ¿habría alguna que sabiéndose ahora privada de tales delicias, no se compadeciera de mi infortunio? ¿Quién sería aquél, aquélla cuyo corazón, aun siendo un corazón enemigo, no se enterneciera por mí con un justo sentimiento de piedad? Aunque culpable, soy también inocente, sin duda lo sabes; pues el crimen está en la intención, no en el hecho. No es el acto en sí mismo, es el pensamiento que inspiró el acto lo que pesa

la equidad. En cuanto a los sentimientos que siempre me animaron hacia ti, tú que los conociste, eres el único que puedes juzgarlos. Pongo todo en tu balanza, me abandono a tu decisión.

VI. Solamente dime, si puedes, ¿por qué, después de nuestra común toma de hábitos que sólo tú decidiste, caí en tal abandono y en tal olvido que no tengo ni tu presencia ni tu palabra para fortalecer mi valor, ni carta tuya para consolarme de tu ausencia; dímelo, repito, si puedes, o diré yo lo que pienso y lo que está en boca de todo el mundo. Era la concupiscencia y no el cariño lo que te ligaba a mí, era ardor de los sentidos y no amor; por eso es que una vez extinguidos tus deseos, todas las demostraciones que estos te inspiraban se desvanecieron. Esta suposición, amado mío, no es mía, es la del vulgo; no es una opinión personal, es el pensamiento general; no es un sentimiento particular, es la idea de todo el mundo. ¡Ojalá hubiera sido la propia, y que tu amor encontrara defensores cuyos argumentos pudieran calmar mi dolor! ¡Ojalá pudiera imaginar razones para excusarte, y para justificar al mismo tiempo a tu sierva!

Considera, te suplico, lo que pido: es tan poco, es algo tan fácil. Si estoy privada de tu presencia, que la ternura de tu lenguaje –una carta te cuesta tan poco–, me devuelva al menos la dulzura de tu imagen. ¿Puedo esperar encontrarte generoso en las cosas, cuando te veo tan parco en palabras? Hasta ahora creí haberme asegurado tu consideración por haberlo hecho todo por ti y haber perseverado en el retiro sólo por obedecerte: pues no fue la vocación, fue tu voluntad, sí, tu voluntad la única que me lanzó tan joven a las austeridades de la profesión monástica. Si haces caso omiso de eso, mira lo inútil que habrá sido el sacrificio, pues no tengo ninguna recompensa que esperar de Dios; aún no he hecho nada por él.

Cuando profesaste, te seguí, ¿qué digo? te precedí; como si el recuerdo de la mujer de Loth y la mirada que echó tras sí te preocupara, mandaste que fuera la primera en tomar el hábito y en pronunciar los votos monásticos, me encadenaste a Dios antes que tú mismo. Esa desconfianza, la única que me demostraste, me invadió, lo confieso, de dolor y de vergüenza, ¡yo, que a una sola palabra, Dios lo sabe, te habría precedido o seguido hasta los ardientes abismos del infierno! pues mi corazón ya no estaba conmigo sino contigo. Y si hoy más que nunca no está contigo, no está en ninguna parte. O más bien, no puede estar en ninguna parte sin ti. Pero haz que esté contigo, te lo suplico. Y estará contigo, si te encuentra benevolente, si le devuelves amor por amor, poco por mucho, palabras por cosas. ¡Ojalá estuvieras menos seguro de mi cariño, amado mío! estarías más inquieto. Pero mientras más seguridad te di, más me expuse a tu negligencia.

¡Ah! acuérdate de lo que hice, te lo suplico, y piensa en lo que me debes. Mientras gozaba contigo de los placeres de la carne pudieron preguntarse si era la voz del amor la que seguía o la del placer. Ahora se puede ver a qué sentimientos obedecí desde el principio. Por condescender con tu voluntad llegué a vedarme todos los placeres; no me reservé nada de mí misma, nada sino el derecho de hacerme toda tuya. ¡Mira pues, qué injusticia de tu parte si otorgas cada vez menos a quien merece cada vez más, si rehusas absolutamente todo cuando se te pide tan poca cosa y algo tan fácil!

Por eso te suplico en nombre de aquél al cual te consagraste, en nombre del mismo Dios, devuélveme tu presencia, tanto como te sea posible, enviándome algunas líneas de consuelo. Si no lo haces por mí, hazlo al menos para que sacando de tu lenguaje nuevas fuerzas, me dedique con más fervor al servicio de Dios. Cuando antaño tus ardientes promesas me invitaban a las voluptuosidades del mundo, me visitabas sin cesar por medio de tus cartas, y tus versos ponían sin cesar el nombre de tu Eloísa en boca de la multitud; sí, era mi nombre el que resonaba en todas las plazas, en todas las moradas. ¡Cuánto mejor sería hoy incitar al amor a Dios a aquélla que entonces arrastrabas al amor del placer! Te suplico una vez más, pesa lo que debes, considera lo que pido, y termino con una palabra esta larga carta: adiós, mi todo.